

Abandono de la Economía Liberal

En la economía española, se ha producido un cambio transcendental. Se ha pasado de un sistema económico liberal a una economía dirigida. Y ello, no por puro capricho o prejuicio doctrinario, sino por conocimiento de la realidad económica española y ansia de mejorarla con independencia y dignidad.

El sistema liberal, quebró en lo político y en lo social, también ha quebrado en lo económico; y si esta quiebra se hace más patente en España que en ningún otro sitio, en todos sus aspectos, no hay por qué encastillarse aquí en mantener sistemas caducados por ineficaces.

Hay una característica inevitable en el sistema capitalista liberal: el ciclo económico. Todo el mecanismo de este sistema consiste en fases extremas de depresión y propiedad y fases intermedias ascendentes y descendentes hacia los puntos de máximo y de mínimo de las curvas de la trayectoria.

La necesidad de evitar los efectos del ciclo, ha llevado a Keynes y su escuela a propugnar un empleo al máximo del ahorro y de las obras públicas.

Esto como solución teórica, que por su parte, prácticamente los Estados intervienen cada vez más en la dirección de su economía, con el mismo fin, si no de suprimir, sí de aminorar los efectos del ciclo.

París Eguilaz, considera estos efectos como consecuencia del sistema americano y de crédito, falta de ordenación de inversiones, mala regulación de los movimientos de mano de obra y de los mecanismos que regulan los precios y salarios, defectos bien patentes en un sistema económico capitalista y que vamos a tratar de estudiar aquí.

La regulación del dinero en el sistema que estudiamos, se basa en tres factores: 1.º cobertura metálica; 2.º libre cotización en las

bolsas; 3.º libertad internacional de tráficos de capitales.

Los peligros que esta regulación representa son bien patentes: posibilidad de desequilibrio en las reservas metálicas de los bancos ante exigencias masivas de convertibilidad del dinero, en el primer caso; maniobras contra la moneda, en el segundo y huidas de capitales del País, que los necesita en el momento que le son más precisos (guerras, huelgas, inestabilidad social) en el tercero. Por ello, dentro del capitalismo el rigor de los postulados de la pura doctrina liberal, ha sido mitigado mediante frenos que tienen poquísimo de liberal.

Dos aspectos del fallo liberal lo constituyen dos fenómenos de signo diverso, pero de iguales catastróficos resultados ambos: inflación y deflación.

Una subida de los precios por el ascensor y de los salarios por la escalera, según la conocida máxima; un aumento de los beneficios industriales y de los comerciantes, y de los intermediarios, una caída de la moneda, etc., etc. son efectos clásicos de la infla-

ción. Al contrario, la falta de dinero, el exceso de oferta por superproducción o por otro motivo, los cierres de industrias y el paro finalmente, constituyen el proceso y las características de la inflación.

La producción de estos fenómenos dependen en gran parte de un simple detalle: las inversiones de capital y éstas a su vez dependen de este también mísero detalle: el tipo de interés (la maniobra sobre él, para lograr una expansión del crédito y de las inversiones, es el caballo de batalla de la escuela keynesiana). Pero como el capital privado se mueve por móvil de lucro únicamente—lo cual es muy humano, pero no muy cristiano, ni muy patriótico—y como el sistema liberal está montado sobre las ruedas del capital privado, resulta que el tal sistema es esclavo del buen o mal humor de unos cuantos banqueros y bancos, o de su sentido de la caridad o de la filantropía o de la responsabilidad.

Todas estas alteraciones del ciclo económico, cuyas causas y efectos hemos visto, se traducen en un desajuste continuo entre precios y salarios, cuyo remedio no puede lograr el liberalismo con los medios a su alcance; porque estos conflictos pueden solucionarse de una de estas dos formas; o por voluntad de los patronos que ceden, lo que nunca ocurre, por ánimo de liberalidad, pues cuando se acude a un aumento de salarios, es cuando ya la situación era insostenible, o por medio de las huelgas, que siempre se pasan en sus reivindicaciones o se quedan cortas.

Esto, aparte de la inestabilidad que producen y las energías que se pierden.

Del análisis que antecede, se desprende lo muy justificado que está el cambio de un sistema, que si en condiciones normales falla, es de todo punto impotente en situaciones de emergencia.

La riqueza

tiene como primer destino—y así lo afirmará nuestro Estado,—mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo.

No es tolerable que masas enormes, vivan miserablemente, mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos.

(Punto 12 de la Falange)